Imprimir

¿Qué nos deparará el futuro? Una postura razonable podría ser intentar mirar a la especie humana desde fuera. Imagínese que es usted un observador extraterrestre que intenta averiguar qué está pasando aquí o, para el caso, imagínese que es usted un historiador dentro de 100 años -suponiendo que haya historiadores dentro de 100 años, lo cual no es obvio- y que mira hacia atrás para ver qué está pasando hoy. Verías algo bastante notable. Por primera vez en la historia de la especie humana, hemos desarrollado claramente la capacidad de autodestruirnos. Eso ha sido cierto desde 1945. Ahora se reconoce por fin que hay más procesos a largo plazo, como la destrucción del medio ambiente, que llevan en la misma dirección, quizá no a la destrucción total, pero al menos a la destrucción de la capacidad de una existencia decente.

Y hay otros peligros como las pandemias, que tienen que ver con la globalización y la interacción. Así que hay procesos en marcha e instituciones ya establecidas, como los sistemas de armamento nuclear, que podrían llevar a un duro golpe, o tal vez al fin, de una existencia organizada.

Cómo destruir un planeta sin intentarlo realmente

La pregunta es: ¿qué está haciendo la gente al respecto? Nada de esto es un secreto. Todo está perfectamente abierto. De hecho, hay que hacer un esfuerzo para no verlo.

Las reacciones son diversas. Hay quienes se esfuerzan por hacer algo ante estas amenazas, y otros que actúan para intensificarlas. Si nos fijamos en quiénes son, este historiador del futuro u observador extraterrestre vería algo realmente extraño. Intentando mitigar o superar estas amenazas están las sociedades menos desarrolladas, las poblaciones indígenas, o los restos de ellas, las sociedades tribales y las primeras naciones de Canadá. No están hablando de guerra nuclear, sino de desastre medioambiental, y realmente están intentando hacer algo al respecto.

De hecho, en todo el mundo -Australia, India, Sudamérica- se libran batallas, a veces guerras.

En la India, es una guerra importante por la destrucción directa del medio ambiente, con sociedades tribales que intentan resistirse a las operaciones de extracción de recursos que son extremadamente perjudiciales a nivel local, pero también por sus consecuencias generales. En las sociedades donde las poblaciones indígenas tienen influencia, muchas están adoptando una postura firme. La más fuerte de todos los países en relación con el calentamiento global se da en Bolivia, que tiene una mayoría indígena y requisitos constitucionales que protegen los «derechos de la naturaleza».

Ecuador, que también tiene una gran población indígena, es el único exportador de petróleo que conozco en el que el gobierno está buscando ayuda para ayudar a mantener ese petróleo en el suelo, en lugar de producirlo y exportarlo – y el suelo está donde debería estar.

El presidente venezolano Hugo Chávez, fallecido recientemente y objeto de burlas, insultos y odio en todo el mundo occidental, asistió hace unos años a una sesión de la Asamblea General de la ONU en la que suscitó todo tipo de burlas por llamar diablo a George W. Bush. También pronunció allí un discurso bastante interesante. Por supuesto, Venezuela es un gran productor de petróleo. El petróleo es prácticamente todo su producto interior bruto. En ese discurso, advirtió de los peligros del uso excesivo de combustibles fósiles e instó a los países productores y consumidores a reunirse y tratar de encontrar formas de reducir el uso de combustibles fósiles. Fue bastante sorprendente por parte de un productor de petróleo. Era en parte indio, de origen indígena. A diferencia de las cosas divertidas que hizo, este aspecto de sus acciones en la ONU ni siquiera fue reportado.

Así pues, en un extremo tenemos a las sociedades indígenas y tribales intentando frenar la carrera hacia el desastre. En el otro extremo, las sociedades más ricas y poderosas de la historia mundial, como Estados Unidos y Canadá, corren a toda velocidad para destruir el medio ambiente lo antes posible. A diferencia de Ecuador, y de las sociedades indígenas de todo el mundo, quieren extraer hasta la última gota de hidrocarburos del subsuelo con toda la celeridad posible.

Ambos partidos políticos, el presidente Obama, los medios de comunicación y la prensa

internacional parecen esperar con gran entusiasmo lo que llaman «un siglo de independencia energética» para Estados Unidos. La independencia energética es un concepto casi sin sentido, pero dejemos eso a un lado. Lo que quieren decir es: tendremos un siglo en el que maximizaremos el uso de combustibles fósiles y contribuiremos a destruir el mundo.

Y eso es prácticamente así en todas partes. Hay que reconocer que, en lo que se refiere al desarrollo de energías alternativas, Europa está haciendo algo. Mientras tanto, Estados Unidos, el país más rico y poderoso de la historia mundial, es la única nación entre quizás 100 relevantes que no tiene una política nacional para restringir el uso de combustibles fósiles, que ni siquiera tiene objetivos de energías renovables. No es porque la población no lo quiera. Los estadounidenses están bastante cerca de la norma internacional en su preocupación por el calentamiento global. Son las estructuras institucionales las que bloquean el cambio. Los intereses empresariales no lo quieren y son abrumadoramente poderosos a la hora de determinar la política, por lo que existe una gran brecha entre la opinión y la política en muchas cuestiones, incluida ésta.

Eso es lo que vería el historiador del futuro, si es que existe. También podría leer las revistas científicas actuales. Casi todas las que abre tienen una predicción más funesta que la anterior.

«El momento más peligroso de la Historia»

La otra cuestión es la guerra nuclear. Se sabe desde hace tiempo que, si se produjera un primer ataque por parte de una gran potencia, incluso sin represalias, probablemente destruiría la civilización sólo por las consecuencias del invierno nuclear que seguiría. Se puede leer sobre ello en el *Bulletin of Atomic Scientists*. Es bien conocido. Así que el peligro siempre ha sido mucho peor de lo que pensábamos.

Acabamos de superar el 50 aniversario de la crisis de los misiles de Cuba, que el historiador Arthur Schlesinger, asesor del presidente John F. Kennedy, calificó como «el momento más peligroso de la historia». Y lo fue. Estuvo muy cerca, y tampoco fue la única vez. En cierto

modo, sin embargo, el peor aspecto de estos sombríos acontecimientos es que no se han aprendido las lecciones.

Lo que ocurrió en la crisis de los misiles de octubre de 1962 se ha embellecido para que parezca que abundaron los actos de valentía y consideración. La verdad es que todo el episodio fue casi una locura. Hubo un momento, cuando la crisis de los misiles estaba alcanzando su punto álgido, en que el primer ministro soviético Nikita Jruschov escribió a Kennedy ofreciéndole zanjarla mediante un anuncio público de retirada de los misiles rusos de Cuba y de los misiles estadounidenses de Turquía. En realidad, Kennedy ni siquiera sabía que Estados Unidos tenía misiles en Turquía en ese momento. Se estaban retirando de todos modos, porque estaban siendo reemplazados por submarinos nucleares Polaris más letales, que eran invulnerables.

Así que esa fue la oferta. Kennedy y sus asesores la consideraron y la rechazaron. En ese momento, el propio Kennedy estimaba la probabilidad de una guerra nuclear entre un tercio y la mitad. Así que Kennedy estaba dispuesto a aceptar un riesgo muy alto de destrucción masiva con el fin de establecer el principio de que nosotros – y sólo nosotros – tenemos derecho a misiles ofensivos más allá de nuestras fronteras, de hecho en cualquier lugar que queramos, sin importar el riesgo para los demás – y para nosotros mismos, si las cosas se salen de control. Nosotros tenemos ese derecho, pero nadie más lo tiene.

Sin embargo, Kennedy aceptó un acuerdo secreto para retirar los misiles que Estados Unidos ya estaba retirando, siempre y cuando nunca se hiciera público. Jruschov, en otras palabras, tenía que retirar abiertamente los misiles rusos mientras EE.UU. retiraba en secreto los suyos obsoletos; es decir, Jruschov tenía que ser humillado y Kennedy tenía que mantener su imagen de macho. Se le elogia mucho por ello: valentía y frialdad bajo amenaza, etcétera. El horror de sus decisiones ni siquiera se menciona; intenta encontrarlo en las actas.

Y para añadir algo más, un par de meses antes de que estallara la crisis Estados Unidos había enviado misiles con cabezas nucleares a Okinawa. Estaban dirigidos a China durante un periodo de gran tensión regional.

Bueno, ¿a quién le importa? Tenemos derecho a hacer lo que queramos en cualquier parte del mundo. Esa fue una sombría lección de aquella época, pero hubo otras por venir.

Diez años después, en 1973, el Secretario de Estado Henry Kissinger convocó una alerta nuclear de alto nivel. Era su forma de advertir a los rusos que no interfirieran en la guerra árabe-israelí en curso y, en particular, que no interfirieran después de haber informado a los israelíes de que podían violar un alto el fuego que Estados Unidos y Rusia acababan de acordar. Afortunadamente, no ocurrió nada.

Diez años más tarde, el Presidente Ronald Reagan estaba en el cargo. Poco después de entrar en la Casa Blanca, él y sus asesores hicieron que la Fuerza Aérea comenzara a penetrar en el espacio aéreo ruso para tratar de obtener información sobre los sistemas de alerta rusos, la Operación Able Archer. Básicamente, se trataba de ataques simulados. Los rusos estaban inseguros, algunos oficiales de alto nivel temían que esto fuera un paso hacia un primer ataque real. Afortunadamente, no reaccionaron, aunque estuvo cerca. Y así sucesivamente.

Qué hacer con las crisis nucleares iraní y norcoreana

En estos momentos, la cuestión nuclear ocupa regularmente las portadas en los casos de Corea del Norte e Irán. Hay formas de abordar estas crisis en curso. Quizá no funcionen, pero al menos se puede intentar. Sin embargo, ni siquiera se plantean, ni siquiera se informa de ellas.

Tomemos el caso de Irán, que se considera en Occidente -no en el mundo árabe, ni en Asia- la amenaza más grave para la paz mundial. Es una obsesión occidental, y es interesante analizar las razones de ello, pero lo dejaré a un lado aquí. ¿Hay alguna manera de hacer frente a la supuesta amenaza más grave para la paz mundial? En realidad, hay varias. Una de ellas, bastante sensata, se propuso hace un par de meses en una reunión de los países no alineados en Teherán. De hecho, estaban reiterando una propuesta que existe desde hace décadas, impulsada especialmente por Egipto, y que ha sido aprobada por la Asamblea

General de la ONU.

La propuesta consiste en avanzar hacia el establecimiento de una zona libre de armas nucleares en la región. Eso no sería la respuesta a todo, pero sería un paso adelante bastante significativo. Y había formas de proceder. Bajo los auspicios de la ONU, se iba a celebrar una conferencia internacional en Finlandia el pasado mes de diciembre para tratar de poner en marcha planes para avanzar en este sentido. ¿Qué ocurrió?

No lo leerás en los periódicos porque no se informó de ello, sólo en revistas especializadas. A principios de noviembre, Irán aceptó asistir a la reunión. Un par de días después, Obama canceló la reunión, diciendo que no era el momento adecuado. El Parlamento Europeo emitió una declaración pidiendo que continuara, al igual que los Estados árabes. No se llegó a nada. Así que avanzaremos hacia sanciones cada vez más duras contra la población iraní -no hace daño al régimen- y quizá hacia la guerra. ¿Quién sabe lo que ocurrirá?

En el noreste de Asia ocurre lo mismo. Corea del Norte puede ser el país más loco del mundo. Sin duda es un buen competidor para ese título. Pero tiene sentido tratar de averiguar qué hay en la mente de la gente cuando actúa de forma alocada. ¿Por qué se comportan así? Imaginémonos en su situación. Imaginemos lo que significó en los años de la guerra de Corea, a principios de la década de 1950, que tu país fuera totalmente arrasado, todo destruido por una enorme superpotencia, que además se regodeaba de lo que estaba haciendo. Imagina la huella que dejaría tras de sí.

Ten en cuenta que es probable que los dirigentes norcoreanos leyeran los diarios militares públicos de esta superpotencia en aquella época en los que se explicaba que, como todo lo demás en Corea del Norte había sido destruido, se enviaba a la fuerza aérea a destruir las presas de Corea del Norte, enormes presas que controlaban el suministro de agua -un crimen de guerra, por cierto, por el que se ahorcó a gente en Nuremberg-. Y estos diarios oficiales hablaban con entusiasmo de lo maravilloso que era ver el agua verterse, excavando los valles, y a los asiáticos correteando tratando de sobrevivir. Los diarios estaban exultantes de lo que esto significaba para esos «asiáticos», horrores más allá de nuestra imaginación.

Significaba la destrucción de su cosecha de arroz, que a su vez significaba hambre y muerte. ¡Qué magnífico! No está en nuestra memoria, pero sí en la de ellos.

Volvamos al presente. Hay una historia reciente interesante. En 1993, Israel y Corea del Norte avanzaban hacia un acuerdo por el que Corea del Norte dejaría de enviar misiles o tecnología militar a Oriente Próximo e Israel reconocería a ese país. El presidente Clinton intervino y lo bloqueó. Poco después, como represalia, Corea del Norte llevó a cabo una pequeña prueba de misiles. Estados Unidos y Corea del Norte llegaron entonces a un acuerdo marco en 1994 que detenía sus trabajos nucleares y que fue más o menos respetado por ambas partes. Cuando George W. Bush llegó al poder, Corea del Norte tenía tal vez un arma nuclear y era verificable que no estaba fabricando ninguna más.

Bush lanzó inmediatamente su agresivo militarismo, amenazando a Corea del Norte – «eje del mal» y todo eso-, por lo que Corea del Norte volvió a trabajar en su programa nuclear. Para cuando Bush dejó el cargo, tenían entre ocho y diez armas nucleares y un sistema de misiles, otro gran logro neoconservador. Entre medias, ocurrieron otras cosas. En 2005, Estados Unidos y Corea del Norte llegaron a un acuerdo por el que Corea del Norte debía poner fin a todo desarrollo de armas nucleares y misiles. A cambio, Occidente, pero principalmente Estados Unidos, debía proporcionarle un reactor de agua ligera para sus necesidades médicas y poner fin a las declaraciones agresivas. Entonces formarían un pacto de no agresión y avanzarían hacia la acomodación.

Era bastante prometedor, pero casi inmediatamente Bush lo socavó. Retiró la oferta del reactor de agua ligera e inició programas para obligar a los bancos a dejar de gestionar cualquier transacción norcoreana, incluso las perfectamente legales. Los norcoreanos reaccionaron reactivando su programa de armas nucleares. Y así han seguido las cosas.

Es bien conocido. Se puede leer en la erudición estadounidense directa y dominante. Lo que dicen es: es un régimen bastante loco, pero también sigue una especie de política de ojo por ojo. Usted hace un gesto hostil y nosotros respondemos con algún gesto loco. Usted hace un gesto complaciente y nosotros le correspondemos de alguna manera.

Últimamente, por ejemplo, ha habido maniobras militares surcoreanas y estadounidenses en la península coreana que, desde el punto de vista del Norte, tienen que parecer amenazadoras. A nosotros nos parecerían amenazadoras si se estuvieran llevando a cabo en Canadá y estuvieran dirigidas contra nosotros. En el transcurso de las mismas, los bombarderos más avanzados de la historia, los Stealth B-2 y los B-52, están llevando a cabo bombardeos nucleares simulados justo en las fronteras de Corea del Norte.

Esto seguramente hace saltar las alarmas del pasado. Recuerdan ese pasado, por lo que están reaccionando de una manera muy agresiva y extrema. Bueno, lo que llega a Occidente de todo esto es lo locos y lo horribles que son los líderes norcoreanos. Sí, lo son. Pero eso no es toda la historia, y así es como va el mundo.

No es que no haya alternativas. Las alternativas simplemente no se están tomando. Eso es peligroso. Así que si nos preguntamos cómo va a ser el mundo, no es un panorama agradable. A menos que la gente haga algo al respecto. Siempre podemos.

Noam Chomsky, profesor e intelectual público estadounidense conocido por su trabajo en lingüística, activismo político y crítica social. Fue catedrático de Lingüística en la Universidad de Arizona y profesor emérito del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Ha escrito más de 150 libros. Chomsky ha sido una voz influyente en la izquierda estadounidense como crítico constante de la política exterior de Estados Unidos, el capitalismo contemporáneo y la influencia empresarial en las instituciones políticas y los medios de comunicación. Desde que se retiró del MIT, ha continuado su activismo político, oponiéndose a la invasión de Irak en 2003 y apoyando al movimiento Occupy. Chomsky es antisionista, considera que el trato que Israel da a los palestinos es peor que el apartheid sudafricano y critica el apoyo de Estados Unidos a Israel.

Fuente: https://sinpermiso.info/textos/la-humanidad-en-peligro

Foto tomada de: https://sinpermiso.info/textos/la-humanidad-en-peligro